

casa de correos, las oficinas del Tesoro, las de los principales Bancos, las redacciones de los periódicos, en fin, todos los edificios más notables se hallaban reducidos á un informe monton de ruinas. Las pérdidas de los particulares debían ascender también á muchos millones de duros, pues quedó completamente destruida una tercera parte de la ciudad; la prision de Libby, el castillo de Tunder y la fundicion de Tredegar no sufrieron en lo más mínimo, á pesar de hallarse situados en el punto donde más estragos hizo el devorador elemento. Toda esta destruccion no impidió que los unionistas se hicieran dueños de un rico botin; el número de prisioneros ascendía á mil, incluso los enfermos que se hallaron en los hospitales, y además se cogieron quinientas piezas de artillería, cinco mil armas de todas clases, treinta locomotoras, trescientos carros cargados de municiones, y otros muchos efectos de campaña.

Algunas horas despues de haber ocupado el ejército la capital de la Confederacion, habia circulado ya por todo el país la noticia de la toma de Richmond, y bien pronto la confirmaron los telégramas del presidente Lincoln, que se hallaba entónces en City Point, y del Secretario de la Guerra, que estaba en Washington. Las oficinas públicas se cerraron inmediatamente, suspendiéronse los negocios, y todos aquellos que tenían motivos para celebrar el triunfo de la causa nacional y que deseaban con ansia que se terminase la guerra, sólo se ocuparon en aquel momento en adquirir noticias, sin dudar por un momento que la toma de Richmond era el golpe de muerte para la Confederacion. En Nueva York se llenaron al momento de gente todas las calles; á cada paso se encontraban animados grupos que con ávida curiosidad escuchaban atentos la lectura de los últimos despachos y telégramas que se acababan de recibir; en las iglesias de la Trinidad y de San Pablo comenzaron á repicar las campanas alegremente, y en una palabra, diremos que en todas las grandes ciudades de la Union sucedió poco más ó ménos lo mismo; la alegría era universal, y se quiso celebrar el fausto acontecimiento con públicos regocijos, sin que nadie pensara en vengar antiguas injurias de aquellos á quienes una loca ambicion habia inducido á combatir contra la República y el Gobierno.

Un testigo ocular, M. Pollard, al referir los incidentes ocurridos en la última noche que el Gobierno de los confederados pasó en Richmond, dice lo que sigue:

«Hombres, mujeres y niños salían precipitadamente de las iglesias ó de las casas, anunciándose mutuamente que el enemigo estaba á las puertas de Richmond y que era preciso evacuar la ciudad. Muchos no daban crédito á semejante noticia, y al contemplar el puro azul del cielo en aquel magnífico día de primavera, al ver que no circulaban tropas por las calles y que nada turbaba la aparente tranquilidad de la capital de la Confederacion, parecíanle imposible que á las pocas horas debiera hallarse Richmond en poder del enemigo y envuelto entre las llamas de una espantosa conflagracion.

»Sin embargo, llegada la noche, preciso fué que los más incrédulos se convencieran: por todas las calles comenzaron á cruzar wagoes cargados de cofres, grandes cajas y toda clase de efectos que se conducian á Danville por orden del Gobierno, y todos los que vieron esto hicieron entónces sus preparativos para abandonar inmediatamente la ciudad. El precio de los vehículos subió de pronto de una manera exorbitante, y llegaron á pagarse diez, quince y hasta cien duros, en oro ó papel del Gobierno federal, por el carro más insignificante. De repente, y como por arte de encantamiento, vióse aparecer por diversas calles una multitud de hombres, detrás de los cuales caminaban esclavos negros, llevando baules, fardos y equipajes de todas clases; el número de fugitivos era cada vez más numeroso, y se atropellaban unos á otros por tomar la delantera para abandonar ántes la ciudad. Todos los Bancos de Richmond se abrieron al momento, y los importantes se apresuraron á sacar sus fondos, mientras los directores se ocupaban en recoger sus documentos y papeles más importantes. Miles de duros en papel moneda fueron quemados en aquella ocasion tan espantosa en la ciudad, que ningun habitante pudo entregarse al sueño.

»El Consejo de la Confederacion se habia reunido por la tarde, y acordó que se inutilizasen todos los licores que hubiese en la ciudad, á fin de evitar los desórdenes que pudieran causar los que abusasen de las bebidas espirituosas. A eso de la media noche comenzó la obra de destruccion, dirigida por comités de los principales ciudadanos; muchos centenares de toneles fueron sacados á la calle, y abiertas las espitas, dejóse correr libremente el contenido; magníficas cajas llenas de botellas de toda clase de licores fueron arrojadas á la calle desde los pisos más altos, pero en medio de toda esta destruccion no se pudo evitar que algunos me-

rodeadores y gentes de mal vivir se apoderasen de varios frascos y botellas, y abusasen de la bebida. Desde aquel momento comenzó á reinar el más espantoso desórden y se cometieron toda clase de violencias; muchos almacenes fueron saqueados; á los dueños de algunas casas se les robó impunemente todo cuanto tenían, y los gritos y los lamentos de las víctimas contribuyeron á la confusion que reinaba en la ciudad.

»Pero aun debían aumentarse los horrores de aquella escena: el general Ewell habia expedido una orden para que se pegara fuego á las cuatro principales fábricas de tabaco de la ciudad, y aunque á última hora se organizó un Comité de ciudadanos á fin de protestar contra semejante medida, que iba á causar grandes perjuicios á una parte del comercio de Richmond, no se quisieron escuchar de ningun modo las observaciones de los reclamantes, y los ciudadanos hubieron de someterse á la fuerza, aun cuando se trataba de la destruccion de sus bienes. Así, pues, los almacenes fueron quemados; los buques que habia en el puerto, entre los cuales se contaba el *Patricio Enrique*, de reciente construccion, quedaron reducidos á cenizas, y no dejó, en fin, de inutilizarse hasta el más insignificante barco de los que se hallaban en el muelle de Richmond. Los puentes que habia fuera de la ciudad sufrieron la misma muerte: el de Danville, el de Petersburg, y el de Mayo, que se comunicaba con Manchester y servia para cruzar á la orilla opuesta del Jacolo, fueron todos pasto de las llamas.

»Por la mañana ofrecióse á la vista del espectador una escena que difícilmente se podía olvidar. El ronco fragor de los edificios que se desplomaban; el rojizo resplandor de las llamas que iluminaban la ciudad entera; los hombres que corrian de un punto á otro, semejantes á una legion de demonios, en medio de las espesas nubes de humo que envolvian los objetos, todo, en fin, formaba un conjunto imponente que hubiera impuesto pavor al más escéptico y que no basta nuestra pluma para describir.

»Centenares de carros cargados de tocino, harina y aguardiente, pasaban á escape por las calles para ir á reunirse con la retaguardia del ejército, y cerca de los depósitos de víveres, veíase una multitud hambrienta, de hombres, mujeres y niños, que provistos de sacos y cestas, esperaban ansiosos que se abrieran las puertas para apoderarse de todo aquello que los fugitivos no se habian podido llevar. Al rayar la aurora, abriéronse los depósitos, y

lanzando un grito que atronó el espacio, penetró en ellos la multitud, que en pocos minutos hizo desaparecer las inmensas cantidades de tocino, harina y otros comestibles puestos á su disposicion por orden del Gobierno.»

Para tratar de las condiciones de la rendicion de Richmond los generales Lee y Grant, aquellos dos jefes que tanto se habian distinguido por su intrepidez y por su pericia, cada cual á la cabeza de su ejército, celebraron una entrevista el 9 de abril de 1865 en una pequeña casa situada cerca de Appomattox. Segun dichas condiciones, los oficiales confederados debían dar su palabra de honor de no empuñar las armas contra el Gobierno de los Estados Unidos; cada jefe de compañía ó regimiento seria responsable del cumplimiento de esta promesa por parte de sus tropas; y todas las armas, incluso los cañones, se entregarían á una comision de oficiales nombrada al efecto por el general Grant; los jefes, fuera cual fuese su graduacion, conservarían sus espadas, sus caballos y bagajes. Firmadas estas condiciones, oficiales y soldados quedaban en libertad de volver á sus casas, sin temor de ser molestados por las autoridades de los Estados Unidos, mientras se cumpliese lo pactado y se respetaran las leyes existentes. En la rendicion comprendíanse todas las fuerzas que operaban en el ejército de Virginia, y que debían entregar las armas. La conducta del general Grant fué en aquella ocasion tan noble como delicada, y hasta sus enemigos no pudieron ménos de elogiar su proceder.

La despedida del general Lee de todas sus tropas dió lugar á una escena triste y dolorosa, pero que, sin embargo, no carecia de cierta grandeza: de los brillantes y orgullosos batallones que habian inaugurado la serie de sus victorias en Bull Run, obligando luego á McClellan á retirarse de Richmond; de aquel valeroso ejército que supo vencer á Burnside en Fredericksburg, que derrotó á Hocker en Chancellorsville, que estuvo á punto de batir á Meade en Getisburgo, que luchó tan heroicamente contra Grant en Spottsylvania, en Cold Harbor, en Petersburg y en Richmond, sólo quedaba ya una ruina, sólo quedaban algunos batallones de los intrépidos veteranos del Sur. Parece ser que en la capitulacion del general Lee se comprendieron veintisiete mil hombres, pero de estos sólo unos diez mil se hallaban en estado de llevar las armas, y no cabe la menor duda que les hubiera sido materialmente imposible seguir ope-

niendo resistencia contra el número diez veces mayor de sus enemigos. Prescindiendo de esto, los recursos de la Confederación se habían agotado ya por completo: de los ciento cincuenta mil hombres de que constaba su ejército pocas semanas antes, una tercera parte estaba ya fuera de combate, y no había dinero para alimentar y

vestir á las demás tropas ni mucho menos para pagarlas. Por el contrario, los recursos de los Estados leales eran cada vez más numerosos; el ejército perfectamente equipado, iba reforzándose cada vez más; en el servicio activo contábase con más de medio millón de hombres, y otros tantos estaban dispuestos á em-



Sherman, general en jefe del ejército de la Union

puñar las armas á la primera señal, de modo que para el Sur era punto ménos que imposible sostener la gigantesca lucha que por tanto tiempo había estado afligiendo al país.

Cuando el general Lee se presentó por última vez á las tropas para despedirse, todos sus compañeros de armas se agolparon al rededor del jefe, ansiosos de estrechar la mano de aquel intrépido guerrero que tantas veces los había conducido á la victoria; pocos hubo que no vertieran una lágrima de sentimiento, y el noble general, al que también embargaba la emoción, sólo pudo pronunciar estas palabras: «Amigos míos: juntos nos hemos batido en defensa de

nuestra causa; hemos compartido los mismos peligros, las mismas fatigas y privaciones, y por mi parte os aseguro que he hecho cuanto podía hacer por vosotros.» A esta tiernísima escena siguió otra no ménos sublime: los federales se apresuraron á dar una parte de sus raciones á los separatistas, que en su mayor parte estaban extenuados de hambre y de cansancio, pues aún no habían llegado los trenes cargados de víveres que se esperaban de un momento á otro, y de este modo, los que ántes se consideraban como mortales enemigos, convirtiéronse en amigos afectuosos y se estrecharon la mano, olvidando su antagonismo y resentimientos. Poco

después, la mayor parte del ejército unionista volvió á Burkesville, desde donde tenía que marchar á Petersburg y Richmond, en cuyas ciudades debía cumplirse lo pactado entre los generales Lee y Grant, y algunos días más tarde, los separatistas volvieron á sus respectivas casas, muchos de ellos con los recursos facili-

tados por el mismo Gobierno contra el cual habían combatido con un valor y arrojo dignos de mejor suerte.

El general Grant, después de haber pasado revista al ejército confederado, se puso inmediatamente en marcha, á fin de reunirse con Sherman para ir al encuentro de Johnston, cuyo



Sheridan, general del ejército de la Union

ejército no había capitulado aún; pero que poco después, siguiendo el ejemplo del general Lee, debía rendirse también, por la fuerza de las circunstancias, con todas sus tropas.

Al día siguiente de la rendición de Richmond, el Presidente, que había ido á visitar el ejército, entró en la ciudad, no con pompa y aparato, como hubiera podido hacerlo el jefe del Norte conquistador, sino con la mayor tranquilidad y sencillez, acompañándole sólo su hijo menor y algunos oficiales. Su visita, sin embargo, fué memorable; y las escenas que presenció en Richmond, aquel poderoso baluarte de los confederados durante la guerra, debieron regocijar

su corazón, haciéndole comprender que á pesar de los males que trajera consigo la sangrienta lucha, no había sido ésta inútil, pues allí vió señales evidentes de la felicidad que proporcionaba la emancipación.

Apénas supieron los negros que el Presidente acababa de entrar en la ciudad, acudieron presurosos para darle la bienvenida, y entonces tuvo lugar una escena conmovedora. Aquellos infelices, sabiendo que los defensores de la esclavitud estaban vencidos, y que tenían segura la libertad, llegaban corriendo, con lágrimas en los ojos, gritando á voz en cuello: «¡Gloria, gloria al Señor! ¡Hurra, hurra por el presiden-